

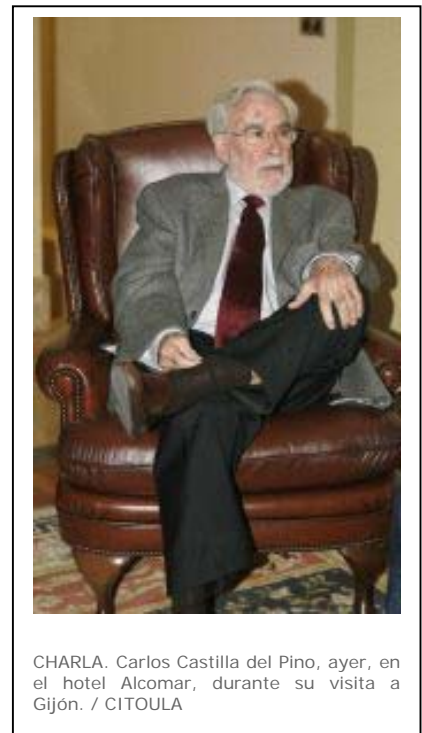
CARLOS CASTILLA DEL PINO, CATEDRÁTICO EN PSIQUIATRÍA Y ESCRITOR

«La 'psiquiatrización' de la sociedad la promueven las farmacéuticas»

«Las depresiones verdaderas son tan escasas como hace décadas», asegura el premio Jovellanos y miembro de la Real Academia, durante su visita a Gijón

AIDA COLLADO/GIJÓN

Un psiquiatra con alma de literato y algunas pinceladas filosóficas. Carlos Castilla del Pino encaja a la perfección en la definición, ahora en desuso, de un intelectual de su época. Es, desde hace décadas, referencia obligada en el mundo de la medicina, pero, además, 84 años de vida le han convertido en gran historiador. Defensor a ultranza de la memoria histórica, se ha ganado el derecho a opinar sobre aquello que vivió y vive. Catedrático en Psiquiatría por la Universidad de Córdoba, Hijo Predilecto de Andalucía, sillón 'Q' de la Real Academia de la Lengua y premio Jovellanos, entre otros honores, visitó Gijón para dar una conferencia, organizada por la Tertulia Feminista Les Comadres.



CHARLA. Carlos Castilla del Pino, ayer, en el hotel Alcomar, durante su visita a Gijón. / CITOULA

-¿Existe un aumento de la 'psiquiatrización' en la vida?

-Se tiende a hablar de eso, pero a mí me parece una impropiedad. La psiquiatría tienen una acepción clara, que es entendernos los psiquiatras, como médicos que somos. Llevarlo a la vida cotidiana es un abuso. Es una categoría clínica, que sirve para el universo de la clínica. Antes se pensaba que el psicoanálisis iba a resolver la vida de cualquier individuo. Creo que eso ya ha pasado. Nosotros no tenemos que resolver los problemas del mundo, sino los de los enfermos mentales, que son menos de los que se piensan.

-¿Se abusa de ustedes?

-Generalmente lo que ocurre es que existe lo que se llama peloteo médico. Cuando una dolencia difusa no encaja dentro de ningún trastorno concreto, lleva a pensar que es psicológico. Pero repito que una de las funciones, por el ejemplo del cardiólogo, es ocuparse de los problemas psicológicos del paciente.

-Y en ocasiones ocurre lo contrario, que se espera que los psiquiatras solucionen las enfermedades de salud general de algunos enfermos, como por ejemplo de los bipolares...

-La 'psiquiatrización' de la sociedad está en gran parte promovida por la industria farmacéutica. Hace unos años surgió el problema de la fobia social: algo completamente inventado por los señores de una farmacéutica Pfizer. Gracias a esta creación vendieron millones y millones en medicamentos.

-Entonces, ¿no hay un avance real en la calidad de los medicamentos?

-Continuamente se está viendo en las revistas de psiquiatría que, por ejemplo, en lo neuroléptico, los tratamientos que existen ahora no son mejores que los que ya existían, pero sí mucho más caros. Los laboratorios costean nuestros congresos y tenemos unos congresos tremendos, espectaculares.

-¿Existe, entonces, una exageración de los problemas mentales con fines económicos?

-Sí, hay una inflación de la misma. Por ejemplo, en los trastornos bipolares, entonces llamados ciclotimias, nunca se habían diagnosticado tan abundantemente como ahora. Hoy en día, cualquiera es calificado de bipolar. Y, además, se ha añadido otro concepto peligrosísimo: la comorbilidad, que es la coexistencia de dos enfermedades. Pero en la práctica se está utilizando como la coexistencia de dos síntomas.

-Entonces, la comorbilidad es, en muchas ocasiones, un fallo médico...

-Se dice que muchos pacientes tienen, por ejemplo, trastornos esquizofrénicos y ansiedad, o depresión y ansiedad. ¿Cómo no va a tener ansiedad si tiene ese tipo de trastornos? Pero esa es la forma de vender los medicamentos necesarios para el trastorno que padezca y, además, en este caso, para la ansiedad. Es necesario denunciar esto. Nunca hubo más psiquiatras que ahora y falta el pensamiento crítico entre la profesión.

Diagnóstico político

-¿Niega el discurso de que vivimos en una época en la que están aumentando los casos de depresión?

-Yo no creo que aumenten. Porque las depresiones verdaderas, es decir, con inhibición e inmotivadas, aún son tan escasas como lo eran hace décadas. Es un abuso.

-¿Se atreve a diagnosticar a la clase política?

-Sería imposible. Hay de todo. Los hay inteligentes, los hay retrasados mentales, los hay impostores, los hay pícaros. Pero todo eso son opiniones, no diagnósticos psiquiátricos.

-¿Qué temas trata en el libro que tiene ahora en marcha?

-'Arquitectura de la vida humana' se refiere a los distintos escenarios de la vida pública, privada, interprivada e íntima. Cada uno cumple un cometido: el de la pública abarca al ser humano como un ser social, su papel es el de relacionarse; en el de la privada, uno se alivia de las tensiones de la pública, aunque en esta también hay. Por eso hay divorcios cada cinco minutos (risas). La única vida, que es el descanso del guerrero, es la íntima.

-¿Y su yo amante de la historia qué opina sobre la memoria histórica? ¿Es compatible con el pacto de la Transición?

-Completamente. Qué menos que se conozcan los nombres de esa gente, campesinos, analfabetos, que lucharon como nadie por la República, pensando que algún día iban a tener un mundo mejor, como de hecho lo tienen ahora.

-¿Está de acuerdo con la retirada de los símbolos franquistas de la Universidad Laboral de Gijón?

-Yo era joven cuando se construyó, me acuerdo. Hay que retirarlos todos, es una indecencia.